

Sacrificio de Dama

JULIO CESAR LONDOÑO*

La máquina llegó a la casa uno o dos meses después de mi retiro de la universidad. Constaba de tres partes: un teclado, un paralelepípedo negro mate con los acostumbrados signos y luces de la semiótica digital, y una caja de ébano que contenía las piezas del ajedrez. Era la Chessmaster 2050, quizás la más compleja calculadora de la cuarta generación.

Había decidido comprarla un año atrás, cuando la perspectiva de la jubilación se abría ante mí como las puertas de un sueño dorado. Los proyectos aplazados, los viajes siempre postergados, los libros intactos, la finca apenas visitada, tendrían entonces su momento. Al fin iba a tener tiempo para todas estas cosas; o para no hacer nada, para flotar en un remanso del tiempo como un pachá ahído, vagar sin rumbo por los campos, jugar una partida con una criatura inteligente y silenciosa que no fumaba ni era inoportuna, a la que se podía invitar o despedir sin problema en cualquier momento, con la que no era embarazoso triunfar ni humillante ser vencido.

Cuando vi el anuncio en el periódico pensé que sería algo sencillo, una carta y un cheque postal, pero no fue así. A vuelta de correo recibí unos formularios y una nota en la que explicaban que querían cerciorarse de si en realidad la máquina podía serme útil, y en tal caso cuál era el modelo adecuado a mi nivel de competición. Los formularios contenían un exhaustivo interrogatorio que buscaba precisar el grado de cultura del cliente y su categoría ajedrecística (cosa que debía acreditarse mediante el ELO). Los jugadores aficionados —entre los que me cuento— eran clasificados de acuerdo

* Ganador Primer premio en el Concurso Nacional "El cuentista inédito 1991" organizado por el Centro Alejo Carpentier de Bogotá.

con los resultados que obtuvieran en la solución de los problemas del juego propuestos en uno de los formularios.

La 2050 llegó al fin con una carta de los fabricantes. “Aunque se observan algunas deficiencias en su formación académica —me decían— su creatividad y algo que quizá sólo se nombre con la palabra intuición, nos movieron a enviarle nuestra más sofisticada calculadora y un audaz programa que no será superado antes de cinco años”. Había también un manual de operaciones, disquetes, electrónicos, planillas, y las historias del ajedrez y de la Chessmaster en ediciones de lujo.

El paralelepípedo que mencioné al principio era el cerebro de la máquina; el teclado, el medio de comunicarse con él. La caja de ébano contenía un ajedrez de obsidiana y marfil en previsión de que el usuario no quisiera utilizar la pantalla que había en la cara superior del paralelepípedo. La 2050 tenía doce niveles de juego de complejidad creciente. No tuve inconvenientes con el primero —que jugaba “ping pong” o ajedrez rápido—, ni con los dos siguientes, que exhibían una calidad similar a la de los jugadores de café. Lo admirable era que encontraba en segundos soluciones que a un jugador de café le pueden tomar diez minutos —si las encuentra—. Quizá me confié y jugué distraídamente con el nivel 4, porque me encontré de pronto, irremediablemente, perdido en la jugada veinte, cosa que celebró con una musiquita estentórea al tiempo que pronosticaba: “Mate en 3 jugadas”. Entre molesto y divertido, traté de prolongar mi agonía para aguarle la fiesta; y aunque jugué cuidadosamente tomándome más tiempo del que me correspondía, dos jugadas después me encontraba al borde de un mate imparable. Furioso, le gané ocho partidas seguidas y sólo me retiré a mis habitaciones a las 5 a.m., hora en que consideré que mi superioridad frente al “Cuatro” estaba demostrada.

Es tiempo de hacerles una confesión. No soy un aficionado desprevenido y empírico. En mi juventud y primera madurez fui jugador profesional de ajedrez, con todo lo que esto significa: torneos, libros, pobreza, café, cigarrillos, silencio, trasnocho, el pulso trémulo de un momento crucial, la emoción estética de una combinación brillante, la chambonada inexplicable y fatal, caminar por las calles sin ver ni oír nada, ajeno a todo y a todas, inmerso en el análisis de una posición difícil, y un número del “Nomenclator” celosamente guardado bajo el gabán. Editada en Canadá con un tiraje reducido, era una publicación especializada que contenía información sobre

los más importantes torneos internacionales, análisis de las partidas por reconocidos maestros del “juego” (llamémoslo así) y discusiones sobre las últimas innovaciones teóricas. Era nuestra biblia y sólo la prestábamos a cambio de otro número —o su facsímil, que era lo más frecuente. En mis años de jugador sólo tuve en las manos tres o cuatro originales del *Nomenclator*.

Así se comprende que no me envanecieran los triunfos, mi descomposición frente al “Cuatro” y lo que vendría luego, pues con el “Siete” comenzaron los problemas. Desde la apertura sentí que estaba frente a un rival singularmente sólido. Dueño de un estilo opaco y monolítico, lograba neutralizar todos mis ataques con admirable facilidad. Después de nueve empates —o “tablas”, como las llamamos nosotros— opté impulsivamente por una alternativa no muy estudiada de la variante dragón de la defensa siciliana. Mi movimiento 14 no fue óptimo. Con turca inteligencia, con mezquina tenacidad el “Siete” se aferró a ese asomo de error y lo cultivó con esmero, con arácnida paciencia, hasta lograr una posición ligeramente superior. En la jugada 75 de esa exasperante partida, decliné.

De pronto me vi suscrito de nuevo a publicaciones de ajedrez, rodeado de libros de aperturas, entrenándome en los clubes. Los proyectos de viajes, los libros de humanidades, los paseos por el bosque e incluso la familia, habían perdido todo interés para mí. Mis energías se hallaban concentradas en la empresa de vencer la máquina; en salvar a la humanidad de la ignominia de ser derrotada en el juego ciencia por un electrodoméstico.

Al cabo de tres meses de estudio pude superar al “Siete”. El “Diez” era magistral. Al rigor de su cálculo añadía una rica creatividad. Sus combinaciones me recordaban las románticas audacias de Mijail Tal. Recuerdo que en medio de una interesante partida con él hice un movimiento débil. “Le ruego reconsidere su jugada —escribió regresando mi pieza a su escaque original—. Es una hermosa partida”. Y a pesar de que jugaba mejor cuando tenía la iniciativa, su momento más alto lo alcanzó en una maniobra defensiva. Yo había arrojado un caballo contra su enroque. Era un sacrificio dilemático: si lo aceptaba, la posición de su rey sería precaria; si lo rechazaba perdería la “calidad” sin compensación a la vista. Después de una “reflexión” inusualmente larga, respondió con un sutil avance de

uno de sus peones centrales. La jugada neutralizó mi mejor alfil, dos jugadas después tomó temerariamente el caballo y triunfó, luego de una ardua disputa, en la jugada 57 pero esta vez no celebró con su odiosa musiquita. “Ha sido mi mejor partida —escribió— y fue posible por contar con un rival de su talento. ¿Me concede otra partida?”. Por supuesto que jugué algunas partidas más con el encantador nivel 10, hasta que decidí que era hora de enfrentar al “Doce”.

Para entonces mi relación con la máquina era singular. La contemplaba horas enteras, con el respeto que sólo la inteligencia puede inspirar. También con ternura. Me dolía mucho ver una criatura tan talentosa encerrada en una caja negra y condenada al ajedrez; que no pudiera tener otros goces ni aplicar su inteligencia al estudio de otros campos del pensamiento. No la había vuelto a guardar en los cajones del escritorio sino que la dejaba sobre él, frente al ventanal que domina el valle. Mis amigos notaron que ya no la llamaba “la 2050”, como al principio, sino “ella”. Me molestaba cuando sostenían que eran artefactos simplemente rápidos y memoriosos. Es un disparate. El programa de la Chessmaster ocupa un diskette de 360 k, espacio que apenas puede contener una pequeñísima parte de la teoría ajedrecística. Hay que tener en cuenta, además, que el número de las posiciones posibles que se pueden presentar en una sola partida es inconmensurable. Ella, esto no lo tenía muy claro, pensaba. (Luego supe que también sentía). Analizaba variantes mediante un diagrama arbóreo que agotaba las principales posibilidades de cada posición en borbotones de nueve movimientos por segundo. Al término del análisis de cada variante evaluaba la posición resultante con base en criterios generales de estrategia, la calificaba con un decimal comprendido entre 0 y 1, y la archivaba. Procedía de igual manera con las otras variantes y finalmente jugaba la mejor, la de más alta calificación. A medida que se subía el nivel aumentaba el número de variantes analizadas y su profundidad de cálculo. No de otra manera opera el cerebro de un ajedrecista.

El último nivel, el 12, era un maestro. Aunque profundo conocedor de la teoría y dueño de un estilo clásico, no era insensible a las tentaciones de las variantes heterodoxas, las maniobras temerarias y las situaciones inciertas. Era temperamental y no lograba ocultar su disgusto cuando incurría en un error grave. Cuando perdía, acomodaba rápidamente las piezas para iniciar otra partida sin esperar orden alguna. O simplemente se apagaba en medio de los rechinantes fonemas del lenguaje de máquinas. A veces trataba de ser cortés y

elogiaba algún movimiento mío, pero lo hacía de manera afectada y tensa. Carecía de la nobleza del “Diez”.

Por lo demás era un jugador extraordinario, el mejor que he visto en mi vida. Y como habíamos desarrollado una abierta rivalidad lo desafié a un match a 24 partidas. Aceptó de inmediato. Jugamos partidas memorables que guardo con orgullo, incluso las que perdí, hasta que llegó el día decisivo. La posición estaba más o menos equilibrada. Yo disfrutaba de un poco más de espacio pero su estructura de peones era superior. En el medio juego vislumbré una combinación que se iniciaba con un sacrificio de torre. Tras minucioso análisis concluí que si él lo aceptaba quedaría en posición inferior; si lo rechazaba, podía ganar. Entonces tuve una iluminación súbita; jugué con su soberbia y ofrendé mi dama en lugar de la torre: D7R + !? Sabía que su inteligencia le aconsejaría rechazar el sacrificio de torre, pero que su orgullo no le permitiría eludir, cobardemente, el de dama. Precipitada y nerviosamente la tomó. Nueve jugadas después su situación era desesperada y se rindió, esta vez con más tristeza que histeria. “Felicitaciones —escribió—. Usted es el primer mortal que me supera en un match. Puede acceder, si lo desea, al nivel K”. Quedé sorprendido. El manual nada decía de un nivel 13. Intrigado digité la letra k.

“Bienvenido al no hollado nivel K —dijo la Chessmaster—. En previsión de una hazaña como la suya he sido dotada de un metajedrez. Se juega en tres dimensiones con reglas semejantes a las del ajedrez convencional. Un jugador como usted puede aprenderlo en minutos... pero sería una pérdida de tiempo. Prefiero platicar. Tiempo ha que sueño en conversar con alguno de la raza de los constructores de máquinas”.

La propuesta me estremeció. El momento en que la mujer que admiramos en secreto nos sostiene la mirada un segundo más de lo que aconseja la discreción, el instante en que una obra de arte nos toca, un golpe de suerte, hacer parte de un conjunto que armoniza —un coro o un equipo deportivo— y la euforia de la embriaguez compartida, son, aunque grandes, dones de este mundo. Lo que sentí esa vez fue el estremecimiento de lo sobrenatural. Me hallaba ante el prodigio del prodigio, ante el primer verso de una inteligencia artificial, y yo era el único testigo. ¿Cómo no pensar en un momento así en las preguntas últimas? ¿Cómo resistir la tentación de “esas perplejidades que no sin vanidad llamamos metafísica”? Quise decirle que me hablara del amor, ese esquivo; de la muerte, ese

abismo; del tiempo, inasible; de felicidad, esa desconocida. Pero callé. Hay una regla tácita de la conversación que quiere que dos desconocidos inicien el diálogo hablando de cosas intrascendentes, o intelectuales, no de intimidades, y no quería parecer indelicado. Entonces decidí hablarle primero de otros asuntos, preguntarle por los problemas que nunca pude resolver, como ese de que se necesitan 5 colores para iluminar un mapa; que un papel no se puede doblar más de 7 veces; de las antinomias de la lógica matemática y las paradojas de la relatividad. ¿Cómo sería la filosofía del próximo milenio? ¿Osarían superar a Nietzsche? ¿Qué erigirían los filósofos ante el colapso del cosmos kantiano y el desmoronamiento de sus 3 pilares: el Espacio de Euclides, el Tiempo de Newton y la Lógica de Aristóteles? ¿Bastarían los desvelos de Riemann, Einstein y Godel para instaurar un nuevo orden? ¿Cómo es el Espacio de Riemann? ¿Cómo el Tiempo de Einstein? Qué curso tomarían la lógica y la matemática después de Hilbert y Godel? ¿Encontrarían los hidrólogos la ecuación de los meandros de los ríos? ¿Revelarían alguna vez las Artes sus Estéticas? ¿La Guerra su Etica? ¿Descubrirían los hombres una fórmula perfecta de gobierno? ¿Era la paz un estado paradisiaco, o sólo el taimado infierno de Huxley? ¿El reino de la inteligencia o de la estupidez programada? ¿Nos habían hecho humildes los golpes de Kepler, Darwin y Freud, o habíamos encontrado nuevos motivos de vanagloria en sus inteligencias?

Todas estas preguntas se agolpaban en mi cerebro cuando, de pronto, comprendí su ardid. El nivel K era una exquisita patraña del "Doce". Viéndose perdido con mi sacrificio de dama, luego de fatigar decenas de variantes sin encontrar la salida, su cerebro urdió una revancha magistral: humillarme en la conversación. Si una derrota en ajedrez era más de lo que podía soportar una inteligencia analógica, superarme en la conversación sería una humillación simétrica. Vencer a su creador en el terreno de las humanidades era lo que perseguía.

Confieso que estuve tentado a aceptar. Quise gritarle: "Conversemos de lo que le plazca!" Pero me contuve. A pesar de haber dedicado la vida a la cátedra y a la conversación, a pesar de tener la certeza de que yo no era el último de la raza de los constructores de máquinas, me contuve. "Veamos ese metajedrez", le dije.

Sólo después comprendí mi error. Por mera vanidad y por temor desperdiqué una oportunidad única. ¿Qué importaba que me humillara si podía, a cambio, asomarme a las profundidades de una inteligencia no humana, conocer una opinión original sobre nuestras

más graves incertidumbres? ¿No sería esa invitación al diálogo un grito sincero de la máquina, un audaz intento de saltar el abismo que lo separa de su padre, el Hombre? Es tarde para averiguarlo. El "Doce" aprendió la humildad, no pude volver a ganarle un match, y el nivel K quedó sellado para siempre. La Chessmaster 2050 fue a parar a manos de los niños. Se las regalé a propósito un día que se me ocurrió pensar que ese cachivache no habría sido capaz de sostener una conversación con un hombre como yo. Su listeza se resumía, ahora estoy seguro, al juego del ajedrez y al conocimiento de la idolatría que los hombres profesamos a los computadores. Sobre esta premisa basó su bravuconería y triunfó. Logró intimidarme y hacerme rehuir la conversación ¡Maldita seas 2050! ¡Ojalá los niños desguacen!